

él está allá arriba, escondido como quien teme que le den sarna... Y a propósito, ¿quiere usted que subamos a ver lo que hace?

Un martes subieron. Aquel día, las dos tertulias estaban muy alegres; las risas entraban por las abiertas ventanas, en tanto que un proveedor, que llevaba a los Trouche un cesto de botellas de vino, hacía en el segundo un gran ruido de vajilla rota, al coger las botellas vacías. Mouret estaba en su despacho, encerrado con doble llave.

—La llave no me deja ver—dijo Rosa, después de aplicar el ojo a la cerradura.

—Espere—murmuró madame Faujas.

Delicadamente dió vuelta al extremo de la llave, que sobresalía un poco. Mouret estaba sentado en el centro de la habitación, ante la gran mesa vacía, cubierta de espesa capa de polvo, sin un papel, sin un libro; estaba apoyado en el respaldo de la silla, con los brazos colgando, la cabeza blanca y fija, perdida la mirada. No se movía.

Las dos mujeres le examinaron en silencio, una tras otra.

—Me ha dado frío—dijo Rosa al bajar.—¿Se ha fijado usted en sus ojos? ¡Y qué suciedad! Hace dos meses que no ha puesto una pluma sobre la mesa... ¡Yo que me figuraba que estaba ahí dentro escribiendo... ¡Cuando pienso que está la casa tan alegre, y que él se divierte haciéndose el muerto, completamente solo!...

XVII

La salud de Marta ocasionaba inquietudes al doctor Porquier. Este conservaba su sonrisa afable, la trataba como médico de la buena sociedad para quien la enfermedad no existe nunca, y que da una receta como prueba. un traje una modista; pero cierto frunce de sus labios decía que la "querida señora" no tenía sólo una ligera tos de sangre, como procuraba persuadirle. En el buen tiempo, le aconsejó que se distrajese, que diera paseos, pero en coche, sin cansarse. Entonces Marta asaltada cada día más por una angustia vaga, por la necesidad de distraer sus nerviosas impacencias, organizó paseos a los pueblos vecinos. Dos veces por semana, partía después del almuerzo, en una vieja calesa repintada que le alquilaba un cochero de Plassans; recorría en ella dos o tres leguas, de modo que estuviera de vuelta hacia las seis. Su acariciado sueño era llevar consigo al Padre Faujas; no había consentido en seguir la prescripción del doctor sino con tal esperanza; pero el cura, sin negarse abiertamente, siempre pretextaba estar ocupado. Marta tenía que contentarse con la compañía de Olimpia o de madame Faujas.

Una tarde, al ir con Olimpia al pueblecito de las Tullettes, y al pasar por delante de la pequeña finca del tío Macquart, éste la vió y la llamó desde lo alto de su terraza, en la que se veían plantados dos morales.

—¿Y Mouret? ¿Por qué no ha venido Mouret?

Marta tuvo que detenerse un instante en casa del tío, al que tuvo que explicar largamente que estaba enferma y que no podía comer con él. Macquart quería de todos modos matar un pollo.

—No importa—dijo al fin.—Lo mataré y tú te lo llevarás.

Y fué a matarlo en seguida. Cuando volvió con el pollo, lo extendió sobre el poyo de piedra de delante de la casa, murmurando con aire entusiasmado:

—¿Eh? Está gordo, el muy granuja.

El tío estaba justamente bebiéndose una botella de vino bajo los morales, en compañía de un muchachón, flaco, vestido todo de gris. Había decidido a las dos mujeres a sentarse, sacando sillas, haciendo los honores de su casa con risita de satisfacción.

—¿Estoy bien aquí? verdad?... Mis morales son hermosísimos. En verano fumo la pipa al fresco. El invierno me siento allá, junto a la pared, al sol... ¿Ves mis legumbres? El gallinero está en el fondo. Tengo también un pedazo de tierra detrás de la casa, con patatas y alfalfa... ¡Caramba! Me vuelvo viejo, y es hora de que disfrute un poco.

Se frotaba las manos, moviendo dulcemente la cabeza y mirando su finca con ternura. Pero un pensamiento pareció ponerle sombrío.

—¿Hace mucho tiempo que no has visto a tu padre?—preguntó bruscamente.—Rougon no es amable... Ahí a la izquierda, está para vender un campo de trigo. Si él hubiera querido, los dos lo

habríamos comprado. Un hombre que nada en dinero... ¿qué le importaba? Una mezquina suma de tres mil francos, creo... Pero no ha querido. La última vez, hasta hizo que tu madre me dijera que no estaba... Ya verás como no serán felices.

Y repitió varias veces, moviendo la cabeza y recobrando su risa maligna.

—No; no serán felices.

Después fué por unos vasos, pues quería en absoluto que las dos mujeres probaran su vino. Era el vinillo de San Eutropio, un vino que él había descubierto; lo bebía con religión. Marta se humedeció apenas los labios. Olimpia acabó de vaciar la botella. En seguida aceptó un vaso de jarabe. El vino era muy fuerte, decía.

—¿Y qué tal te va con tu párroco?—preguntó de repente el tío a la sobrina.

Marta, sorprendida, molesta, le miró sin responder.

—Me han dicho que te ata muy corto—continuó el tío ruidosamente.—Esos sotas no desean otra cosa... Cuando me lo contaron, respondí que Mouret se lo tenía muy merecido. Yo le había avisado... Yo te lo plantaría en la calle. Mouret no tiene más que venir a pedirme consejo, y si quiere, yo le ayudaré. Nunca he podido sufrir esos bichos... Conozco uno, el Padre Fénil, que tiene una casa al otro lado de la calle. No es ese mejor que los otros; es más malo que un mico, y me divierte. Creo que no se lleva muy bien con tu párroco, ¿verdad?

Marta se había puesto palidísima.

—La señora es hermana del Padre Faujas—dijo señalando a Olimpia, que escuchaba con curiosidad.

—Lo que he dicho no concierne a la señora—re-

puso el tío sin desconcertarse.—La señora no se enfada... Va a tomar otro poquito de jarabe.

Olimpia consintió que le echara tres dedos de jarabe. Pero Marta se había levantado, quería irse. El tío la obligó a visitar su propiedad. En el extremo del jardín, se detuvo, contemplando una gran casa blanca, edificada en el declive, a algunos centenares de metros de las Tullettes. Los patios interiores se parecían a los de una cárcel; las estrechas ventanas, regulares, que marcaban líneas negras en las fachadas, daban al cuerpo del centro una desnudez descolorida de hospital.

—Es la casa de los alienados—murmuró el tío, que había seguido la dirección de los ojos de Marta.—Ese muchacho que estaba conmigo, es uno de los guardianes. Somos muy amigos, y de cuando en cuando viene a que nos bebamos una botella.

Y volviéndose al hombre vestido de gris, que terminaba el vaso bajo los morales:

—¡Eh, Alejandro!—gritó.—Ven y di a mi sobrina cuál es la ventana de nuestra pobre vieja.

Alejandro se acercó complaciente.

—¿Ve usted esos tres árboles?—dijo extendiendo el dedo, como si trazara un plano en el aire.—Pues algo encima del de la izquierda, debe usted de ver una fuente, en un rincón del patio... Siga usted la ventana de la planta baja, a la derecha; es la quinta ventana.

Marta permanecía silenciosa, blancos los labios, y con los ojos clavados a su pesar en aquella ventana que le enseñaba. El tío Macquart miraba también, pero con una complacencia que le hacía entornar los ojos.

—A veces la veo—dijo,—por las mañanas, cuando el sol da al otro lado. Está muy bien, ¿verdad, Alejandro? Es lo que les digo siempre, cuando voy

a Plassans... Aquí estoy muy bien colocado para velar por ella. No sería posible estar mejor.

Y dejó escapar su risita de satisfacción.

—Ya ves, hija mía; la cabeza de los Macquart no es más firme que la de los Rougon. Cuando me siento en este sitio, frente a esa pícara casa, me digo muchas veces que quizá venga un día toda la casta, ya que está mamá en ella... A Dios gracias, yo no temo por mí, que tengo la sesera en su sitio. Pero conozco algunos que... Pues bueno; yo estaré aquí para recibirles, les veré desde mi casa, y los recomendaré a Alejandro, y eso que no siempre se ha portado bien conmigo la familia.

Y añadió con su espantosa sonrisa de lobo acomodado:

—Es una suerte para todos vosotros que esté yo en las Tullettes.

Marta se puso a temblar. Aunque conocía la afición del tío por las bromas feroces y la alegría que tenía al torturar a las personas a quienes llevaba consejo, parecía que decía verdad, y que toda la familia acabaría por ser alojada allí, en aquellas hileras grises de ventanuchas. No quiso quedarse un instante más, a pesar de las instancias de Macquart, que hablaba de descorchar otra botella.

—Bueno, ¿y el pollo?—gritó en el momento en que Marta subía al coche.

Corrió por él y se lo puso en las rodillas.

—Es para Mouret; ¿oyes? Cuando vaya yo a verle, le preguntaré qué tal le ha sabido.

Entornaba los ojos mirando a Olimpia. El cochero iba a partir, cuando Macquart se aferró de nuevo al carruaje, continuando:

—Vé a casa de tu padre, y háblale del campo de trigo... Mira, es ese que está delante nosotros... Rougon hace mal. Somos perros demasiado viejos

para enfadarnos. Sería peor para él, y él ya lo sabe... Hazle comprender que hace mal.

La calesa partió. Olimpia, al volverse, vió a Macquart bajo los morales, riendo con Alejandro, y descorchando aquella otra botella de que había hablado. Marta recomendó expresamente al cochero que no pasara más por las Tullettes. Por otra parte la fatigaban aquellos paseos; los fué haciendo más raros, y los abandonó por completo cuando comprendió que el Padre Faujas no consentiría nunca en acompañarla.

Una mujer nueva completamente, nacía en Marta. Se había afinado por la vida nerviosa que llevaba. Su tontería burguesa, aquella pesada paz adquirida en quince años de somnolencia detrás de un mostrador, parecía fundirse en la llama de su devoción. Se vestía mejor, y los jueves hablaba en casa de los Rougon.

—Madame Mouret se rejuvenece—decía madame de Condamín maravillada.

—Sí—murmuraba el doctor Porquier moviendo la cabeza.—Vive retrocediendo.

Marta, más delgada, con las mejillas rosadas y los ojos soberbios, ardientes y negros, tuvo entonces por espacio de algunos meses una belleza singular. Su rostro irradiaba; un gasto extraordinario de vida emanaba de todo su ser, envolviéndola en una vibración cálida. Parecía que su olvidada juventud ardiera en ella, a los cuarenta años, con esplendor de incendio. Ya desbocada en los rezos, arrebatada por un deseo incesante, desobedecía al Padre Faujas. Se estropeaba las rodillas sobre las losas de San Saturnino, vivía en lo cánticos, en las adoraciones, se consolaba delante de las radiantes custodias, de las iluminadas capillas, de los altares y de los engalanados curas, que ponían resplandores de astros en el fondo

negro de la nave. Advertíase en ella una especie de apetito físico de aquellas glorias, un apetito que la torturaba, que la hundía el pecho y le vaciaba el cráneo, cuando no lo satisfacía. Sufría demasiado, se moría, y le era preciso ir en busca del alimento de su pasión, hundirse en los cojines del confesonario, encorvarse bajo el poderoso estremecimiento de los órganos, desmayarse en el espasmo de la comunión. Entonces no sentía ya nada, el cuerpo no le dolía. Sentíase arrebatada a la tierra, agonizante sin sufrimientos, convertida en una pura llama que se consumía de amor.

El Padre Faujas redoblaba su severidad, la contenía aún tratándola con dureza. Marta le admiraba por aquel despertar apasionado, por aquel ardor con que amaba y moría. Con frecuencia la interrogaba de nuevo sobre su infancia. Fué a casa de madame Rougon, y estuvo algún tiempo perplejo, descontento de sí mismo.

—La casera se queja de ti—le decía su madre.—¿Por qué no la dejas que vaya a la iglesia cuando quiera? Haces mas en contrariarla. Es muy buena para nosotros.

—Se está matando—respondía el cura.

Madame Faujas se encogía de hombros con su ademán habitual.

—Eso es cosa suya. Cada cual encuentra placer en lo que le parece. Vale más que se mate rezando que no de una indigestión, como esa pica-rona de Olimpia. Muéstrate menos severo con madame Mouret. Si no, la casa acabará por parecerle imposible.

Un día en que le daba estos consejos, dijo el párroco con sombría voz:

—Madre, esa mujer será el obstáculo.

—¡Ella!—exclamó la vieja aldeana.—¡Si te adora, Ovidio!... Harás de ella lo que quieras en

cuanto dejes de reñirla. En los días de lluvia te llevaría en brazos desde aquí a la catedral, para que no te mojaras los pies.

El Padre Faujas comprendió también la necesidad de no emplear más la rudeza. Temía un fracaso. Poco a poco, dejó mayor libertad a Marta, permitiéndole los encierros, los largos rosarios, los rezos repetidos ante cada estación del camino de la cruz; hasta le permitió ir dos veces por semana a su confesonario de San Saturnino. Marta, no oyendo ya aquella voz terrible que le acusaba de su piedad como de un vicio vergonzosamente satisfecho, pensó que Dios le había hecho gracia. Por fin entró en las delicias del paraíso. Tuvo enternecimientos, lágrimas inagotables que lloraba sin sentir las fluir; crisis nerviosas de las que salía debilitada, desvanecida, como si toda su vida se hubiera escapado a lo largo de sus mejillas. Rosa la llevaba entonces a su cama, en la que permanecía horas enteras con los labios adelgazados y los entrebiertos ojos de una muerta.

Una tarde la cocinera, asustada por su inmovilidad, creyó que expiraba. No pensó en llamar a la puerta de la estancia en que estaba Mouret encerrado; subió al segundo piso, y suplicó al Padre Faujas que bajara al lado de su ama. Cuando el cura entró allí, en la alcoba, Rosa corrió por éter, dejándolo solo frente a aquella mujer desmayada, echada de través sobre el lecho. El se contentó con coger entre las suyas las manos de Marta. Entonces, ésta se movió, repitiendo palabras deshilvanadas. Luego, cuando le hubo conocido, al verle en pie, le subió al rostro una oleada de sangre, colocó bien la cabeza sobre la almohada, e hizo un ademán como para taparse con los cobertores.

—¿Está usted mejor, hija querida?—le pregun-

tó el cura.—Me inquieta usted mucho.

Con la garganta oprimida, sin poder responderle, Marta prorrumpió en sollozos, dejando caer la cabeza en los brazos del cura.

—No sufro; soy demasiado feliz—murmuró con voz débil como un soplo.—Déjeme llorar; las lágrimas son mi alegría. ¡Ah! ¡Qué bueno es usted por haber venido! Hace mucho rato que le esperaba, que le llamaba...

Su voz se debilitaba cada vez más, hasta llegar a convertirse en un murmullo de ardiente ple-garia.

—¿Quién me dará alas para volar hacia usted? Mi alma, alejada de usted, impaciente por impregnarse de usted, sin usted languidece, le desea con ardor y por usted suspira... ¡Oh, mi Dios, mi único bien, mi consuelo, mi dulzura, mi tesoro, mi dicha, mi vida, mi Dios, mi todo...

Sonreía al balbucear este jirón del acto de deseo. Juntaba las manos y parecía ver la grave cabeza del Padre Faujas rodeada de una aureola. El cura había conseguido siempre detener la confesión en los labios de Marta; tuvo miedo un instante, y desasíó vivamente los brazos. Y, manteniéndose en pie:

—Sea usted juiciosa, yo le quiero—dijo con autoridad.—Dios rechazará sus homenajes si no se los dirige usted con la razón calmada... Ahora es preciso que se cuide.

Rosa volvía desesperada por no haber encontrado el éter. El cura se sentó junto al lecho, repitiendo a Marta con dulce voz:

—No se atormente usted. Su amor conmovió a Dios. Cuando llegue la hora, bajará a usted, llenándola de eterna felicidad.

Cuando salió de la alcoba, dejó a Marta radian-

te, como resucitada. A partir de aquel día, la moldeó como blanda cera.

Marta llegó a serle muy útil, en algunas misiones delicadas cerca de madame Condamin; también frecuentó asiduamente a madame Rastoil, bastando un simple deseo que expresó el cura. Mostraba obediencia absoluta, no tratando de comprender, repitiendo lo que él le pedía. Ni siquiera tomaba él la menor precaución delante de ella; le enseñaba en crudo la lección, sirviéndose de ella como de una mera máquina. Si él se lo hubiera ordenado, Marta habría pedido limosna por la calle. Y cuando se ponía inquieta, cuando tendía las manos hacia él, henchido el pecho, hinchados los labios de pasión, el cura la derribaba con una sola palabra, la aplastaba bajo la voluntad del cielo. Nunca se atrevió a hablarle Marta. Entre ella y el cura existía una muralla de cólera y de repugnancia. Cuando salía él de las cortas luchas que tenía que sostener con ella, se encogía de hombros, lleno del despecho de un luchador detenido por un niño. Se lavaba, se cepillaba, como si a su pesar hubiese tocado un animal inmundo.

—¿Por qué no usas la docena de pañuelos que te dió madame Mouret?—le preguntaba su madre.—Sería tan feliz la pobre si los viera en tus manos! Un mes pasó bordando, y respondía:

—No, madre; úselos usted. Son pañuelos de mujer. Echan un olor que no puedo soportar.

Si Marta se doblegaba ante el cura, si no era más que una cosa de él, se agriaba cada día más, tornándose regañona en los mil pormenores de la vida. Rosa decía que nunca había visto así a su señora. Pero su odio crecía sobre todo contra su marido. La vieja levadura de rencor de los Rougon despertaba frente a aquel hijo de una Macquart, de aquel hombre a quien acusaba de ser

el tormento de su vida. Abajo, en el comedor, cuando madame Faujas u Olimpia bajaban a hacerle compañía, no disimulaba y llenaba a Mouret de reproches.

—¡Cuando pienso que me ha tenido veinte años como un empleado, con la pluma en la oreja, entre un barril de aceite y un saco de almendras... Nunca un gusto, un regalo... Me ha quitado mis hijos. Es capaz de huir cualquier día, para hacer creer que yo le hago imposible la vida. Felizmente están ustedes aquí, y dirán la verdad en todas partes.

También caía sobre Mouret sin provocación ninguna. Todo lo que él hacía, sus miradas, sus ademanes, las raras palabras que pronunciaba, la ponían fuera de tino. Ni verle podía ya sin sentirse como sublevada por un furor inconsciente. Las riñas estallaban sobre todo al final de las comidas, cuando Mouret, sin aguardar los postres, doblaba su servilleta y se levantaba en silencio.

—Bien podrías esperar a levantarte al mismo tiempo que todos—le decía con acritud.—Es muy poco fino lo que haces.

—He acabado y me voy—respondía él con lentitud.

Pero Marta veía en aquella retirada cotidiana una táctica preconcebida por su marido para ofender al Padre Faujas. Entonces perdía toda mesura.

—Eres un mal educado, y me avergüenzas... ¡Oh! ¡Feliz sería yo contigo si no hubiera encontrado amigos que se dignan consolarme de tus brutalidades! Ni siquiera sabes estar con decencia en la mesa. No me dejas hacer ni una comida tranquila. Quédate ¿me oyes? Si no comes, nos verás comer.

Mouret acababa de doblar la servilleta con toda tranquilidad, como si no hubiera oído, y se iba lentamente. Se le oía subir la escalera y encerrarse

con doble llave. Entonces Marta se ahogaba balbuceando:

—¡Oh, monstruo!... Me mata, me mata...

Era preciso que madame Faujas la consolara. Rosa corría al pie de la escalera, gritando con toda su alma, para que Mouret la oyera al través de la puerta:

—¡Es usted un monstruo, señor! ¡Razón tiene la señora al decir que es usted un monstruo.

Ciertas riñas, particularmente, fueron violentísimas. Marta, cuya razón vacilaba, se figuraba que su marido quería pegarle; esta fue una idea fija. Pretendía que él la acechaba, que esperaba una ocasión. No se atrevía, decía ella, porque nunca la encontraba sola; por la noche, temía que gritase, que pidiese socorro. Rosa juró que había visto al señor esconder un grueso bastón en su despacho. Madame Faujas y Olimpia no tuvieron la menor dificultad en creer tales historias; compadecían a su casera, se la disputaban, se constituían en sus guardianas. "Ese salvaje", como llamaban a Mouret, no la trataría brutalmente en presencia de ellas. Por la noche, le encargaban que fuera con ellas, si él se movía. La casa no vivió ya sino en continua alarma.

—Es capaz de un mal golpe—afirmaba la cocinera.

Aquel año, siguió Marta las ceremonias religiosas de Semana Santa con gran fervor. El viernes, en la negra iglesia, agonizaba, en tanto que los cirios, uno por uno, se apagaban bajo la lamentable tempestad de las voces que rodaban en el fondo de las tinieblas de la nave. Parecía que su aliento se extinguía con aquellas luces. Cuando se extinguió el último cirio, y el muro de sombras, ante ella, quedó implacable y cerrado, Marta se desmayó; con los costados oprimidos, vació el

pecho. Una hora permaneció acurrucada en su silla en actitud orante, sin que las mujeres arrojadas a su alrededor se dieran cuenta de aquel ataque. Cuando volvió en sí, la iglesia estaba desierta. Soñaba que le daban disciplinazos, que sus miembros manaban sangre; tenía tan intolerables dolores en la cabeza, que se llevaba a ellas las manos, como para arrancar las espinas cuyas púas sentía en el cráneo. Por la noche, durante la comida, estuvo muy rara. La conmoción nerviosa persistía; volvía a ver, cerrando los ojos, las moribundas almas de los cirios que huían en la negrura; examinaba maquinalmente sus manos, buscando los agujeros por donde había huído su sangre. Toda la Pasión sangraba en ella.

Madame Faujas, al verla sufriendo, quiso que se acostase temprano. La acompañó, la metió en cama. Mouret, que tenía una llave de la alcoba, se había retirado ya a su despacho, donde pasaba las veladas. Así que Marta, con los cobertores hasta la barba, dijo que tenía calor, que se encontraba mejor, madame Faujas habló de apagar la vela, para que durmiese tranquilamente; pero la enferma se incorporó asustada, suplicante:

—No, no apague usted la luz; póngala sobre la cómoda, que yo la vea... Me moriría en las tinieblas.

Y con los ojos agrandados como temblorosa por el recuerdo de un esantoso drama:

—¡Es horrible, horrible!—murmuró más bajo, con aterradora piedad.

Volvió a caer sobre la almohada, pareció atargarse, y madame Faujas salió de puntillas de la alcoba. Aquella noche, todos estaban acostados a las diez. Rosa, al subir, observó que Mouret estaba aún en su despacho. Miró por la cerradura, y le vió dormido sobre la mesa, al lado de una

vela de cocina, cuyo lúgubre pábilo se carbonizaba.

—Peor para él; no lo despierto—dijo subiendo más.—Que le dé un tortícolis, si quiere.

Hacia la media noche dormía la casa profundamente cuando se oyeron gritos en el primer piso. Al pronto fueron quejas sordas, que pronto se trocaron en verdaderos aullidos, en llamadas ahogadas y roncadas de víctima a quien se degüella. El Padre Faujas, que despertó sobresaltado, llamó a su madre. Esta apenas tuvo tiempo de echarse una falda. Fué a llamar a la puerta de Rosa, diciendo:

—Baje pronto; creo que asesinan a madame Mouret.

Entre tanto, los gritos aumentaban. Pronto estuvo en pie toda la casa. Olimpia salió con los hombros cubiertos con sólo una pañoleta, y seguida de Trouche, que acababa de entrar un tanto borracho. Rosa bajó, seguida por los demás inquilinos.

—¡Abra usted, abra usted, señora!—gritó, perdida la cabeza y golpeando la puerta con el puño.

Sólo le respondieron grandes suspiros; después, cayó un cuerpo, pareció empeñarse en el suelo una lucha atroz, en medio de los derribados muebles. Sordos golpes estremecían las paredes; por debajo de la puerta salía tal estertor, que los Faujas y los Trouche se miraron palideciendo.

—Es que su marido la mata—murmuró Olimpia.

—Tiene usted razón, es ese salvaje—dijo la cocinera.—Le vi al subir... fingiendo que dormía. Preparaba el golpe.

Y golpeando de nuevo la puerta con ambos puños, gritó:

—¡Abra usted, señor! Llamaremos a la policía

si no abre... ¡Ah! ¡Maldito! ¡acabará en el patíbulo.

Entonces, volvieron a empezar los gritos. Trouche decía que el bribón debía de estar sangrando a la pobre señora como a un pollo.

—Pero no podemos contentarnos con llamar.—dijo adelantándose el Padre Faujas.—Esperen.

Apoyó en la puerta uno de sus robustos hombros, y la abrió con esfuerzo lento y continuo. Las dos mujeres se precipitaron a la alcoba, donde se ofreció a sus ojos el más extraño espectáculo.

En el centro de la habitación, en el suelo, yacía Marta, jadeante, desgarrada la camisa, la piel, ensangrentada de rasguños, magullada a golpes. Sus sueltos cabellos se habían enredado en la pata de una silla; sus manos debían de haberse agarrado a la cómoda con fuerza tal, que el mueble estaba atravesado ante la puerta. En un rincón, Mouret, en pie, con la palmatoria en la mano, la miraba retorcerse en el suelo, con aire alelado.

Fué preciso que el Padre Faujas retirara la cómoda.

—¡Es usted un monstruo!—gritó Rosa enseñando los puños a Mouret.—¡Poner a una mujer en ese estado!... Y habría acabado con ella si no llegamos a tiempo...

Madame Faujas y Olimpia rodeaban solícitas a Marta.

—¡Pobre amiga! — murmuraba la primera. — Esta noche tenía un presagio... Estaba asustadísima.

—¿Dónde le duele a usted?—preguntaba la otra.—¿No tiene usted nada roto? Miren el hombro lleno de cardenales; en la rodilla tiene un rasguño enorme... Cálmese usted. Estamos nosotros aquí, y la defenderemos.

Marta gimoteaba ya como un niño. En tanto

que las dos mujeres la examinaban, olvidando que había hombres allí, Trouche lanzaba solapadas miradas al cura, que, sin afectación, acababa de arreglar los muebles. Rosa ayudó a volverla a acostar. Cuando estuvo en la cama, anudado el cabello, todos se quedaron un instante, estudiando curiosamente la alcoba, fijándose en detalles. Mouret había permanecido en pie en el mismo rincón, sin dejar la palmatoria, como petrificado por lo que había visto.

—Les aseguro—balbuceó,—que no le he hecho daño, que ni con un dedo la he tocado.

—¡Oh! Hace un mes que esperaba usted la ocasión—gritó Rosa exasperada.—Ya lo sabemos, y bastante que le hemos vigilado a usted... La señora esperaba sus malos tratos. Mire, no mienta, que me pone usted fuera de mí.

Las otras mujeres, si bien no se creían autorizadas para hablar como Rosa, le lanzaban miradas amenazadoras.

—Les aseguro—repitió Mouret con voz suave,—que no le he pegado. Venía a acostarme... Cuando toqué la vela que estaba sobre la cómoda, se despertó sobresaltada; extendió los brazos lanzando un grito, y empezó a golpearse la frente con los puños y a arañarse todo el cuerpo...

La cocinera movió la cabeza de un modo terrible.

—¿Por qué no ha abierto usted?—preguntó.—Bien fuerte hemos pegado.

—Les aseguro que no he sido yo—dijo de nuevo Mouret con más dulzura aún.—Yo no sabía qué le pasaba. Se ha tirado al suelo, se mordía, daba saltos que derribaban los muebles. No me he atrevido a pasar; estaba como imbécil. Dos veces les he gritado a ustedes que entraran, pero no han debido ustedes de oirme, porque ella gri-

taba demasiado fuerte. He tenido mucho miedo. No soy yo, se lo aseguro a ustedes.

—¿Es ella la que se ha pegado, verdad?—preguntó Rosa riendo con sarcasmo.

Y añadió, dirigiéndose a madame Faujas:

—Habrá tirado el palo por la ventana, al oírnos llegar.

Mouret, dejando al fin la palmatoria sobre la cómoda, se había sentado, con las manos apoyadas en las rodillas. No se defendía ya; miraba estúpidamente a aquellas mujeres medio vestidas, que agitaban los delgados brazos delante del lecho. Trouche había cruzado una mirada con el Padre Faujas. El pobre hombre les parecía poco feroz, en mangas de camisa, con un pañuelo amarillo atado alrededor de la cabeza. Se acercaron y examinaron a Marta, que, con el rostro convulso, parecía salir de un sueño.

—¿Qué pasa, Rosa? —preguntó. — ¿Qué hace aquí tanta gente? Estoy rendida. Diles que me dejen tranquila, hazme el favor.

Rosa vaciló un momento.

—Su marido está en la alcoba, señora—murmuró.—¿No teme usted quedarse sola con él?

Marta la miró asombrada.

—No, no—respondió.—Váyanse, tengo mucho sueño.

Entonces, las cinco personas salieron de la habitación, dejando a Mouret sentado, extraviada la vista y fija en la cama.

—No podrá cerrar otra vez la puerta—dijo la cocinera al subir.—Al primer grito, la echo abajo, y me tiro encima. Voy a acostarme vestida. ¿Han visto ustedes cómo mentía la buena señora, para no comprometer a ese salvaje? Se dejaría matar sin acusarle. ¿Qué cara de hipócrita, verdad?

Las tres mujeres hablaron un instante, en el

rellano del segundo piso, con las palmatorias en la mano, mostrando la sequedad de sus huesos bajo las mal prendidas pañoletas; concluyeron diciendo que no había suplicio bastante grande para un hombre como aquel. Trouche, que había subido el último, murmuró riendo detrás del Padre Faujas:

—Aun está regordeta la casera. Pero no debe de ser agradable una mujer que se revuelca como un bicho por el suelo.

Se separaron. La casa volvió a entrar en su gran silencio, y la noche acabó con sosiego. Al día siguiente, cuando las tres mujeres quisieron hablar de la espantosa escena, hallaron a Marta sorprendida, como avergonzada y cortada; no respondía, y desviaba la conversación. Esperó que no hubiera nadie allí para mandar por un obrero que arreglara la puerta. Madame Faujas y Olimpia se dijeron que quería no hablar más para evitar el escándalo.

A los dos días, día de Pascua, Marta gozó en San Saturnino todo un despertar ardiente, con las alegrías triunfantes de la resurrección. Las tinieblas del viernes eran barridas por una aurora; la iglesia se hundía, blanca, embalsamada, iluminada como para divinas nupcias; las voces de los niños de coro tenían agudos sonos de flauta; y ella, en medio de aquel cántico de alegría, se sentía levantada por un goce más terrible aún que sus angustias por la crucifixión. Volvió a casa con ojos ardorosos, con la voz ronca; hizo transcurrir la velada, hablando con una alegría no común en ella. Cuando subió a acostarse, Mouret estaba ya en la cama. Y hacia la media noche, aterradores gritos estremecieron de nuevo la casa.

La escena de la antevíspera se renovó; sólo que al primer puñetazo dado en la puerta, Mouret

fué a abrir, en camisa, con el rostro desencajado. Marta, completamente vestida, llorando amargamente, tumbada boca abajo, se destrozaba la cabeza contra la pata de la cama. El cuerpo de su traje parecía arrancado; en su cuello medio desnudo se veían dos magulladuras.

—Esta vez habrá querido extrangularla—murmuró Rosa.

Las mujeres la desnudaron. Mouret, después de abrir la puerta se había vuelto a la cama, temblando, pálido como un difunto. No se defendió y pareció no oír siquiera los insultos, desapareciendo, hundiéndose entre las sábanas.

Desde entonces, tales escenas ocurrieron con irregulares intervalos. La casa no vivía ya sino temiendo algún crimen; al menor ruido, los inquilinos del segundo saltaban de la cama. Marta evitaba siempre las alusiones; de ningún modo quería que Rosa pusiese un catre para Mouret en el despacho. Al romper el día, parecía llevarse hasta el recuerdo del drama de la noche.

Entretanto, en el barrio se esparcía poco a poco el rumor de que en casa de los Mouret ocurrían cosas raras. Contábase que el marido mataba a golpes a su mujer todas las noches. Rosa había hecho jurar a madame Faujas y a Olimpia que no dijeran nada, puesto que su señora parecía querer callarse; pero ella misma, con sus alardes de compasión, por sus alusiones y reticencias, había contribuido a formar en casa de los tenderos la leyenda que circulaba. El carnicero, un guasón, pretendía que Mouret pegaba a su mujer porque la había encontrado con el cura; pero la frutera defendía a la "pobre señora", un cordero sin mancha, incapaz de ninguna "barbaridad"; en tanto que la panadera veía en el marido "a uno de esos hombres que maltratan a la mujer por gusto". En

el mercado no se nombraba ya a Marta más que con los ojos en blanco, con las palabras mimosas que se emplean con un niño enfermo. Cuando Olimpia iba a comprar una libra de cerezas o de fresas, la conversación recaía inevitablemente sobre los Mouret. Durante un cuarto de hora, se oía una oleada de palabras tiernas.

—¿Y en su casa de usted?

—No me hable usted. Lloro como una Magdalena... Da lástima. Preferible sería verla muerta.

—El otro día me compró alcachofas; tenía la mejila hecha 'un dolor.

—¡Oh! Si él la aporrea... ¡Y si vieran su cuerpo, como yo lo he visto!... No es más que una llaga... Cuando está en el suelo le da puntapiés... Yo temo siempre encontrarla con la cabeza aplastada, cuando bajamos de noche.

—No debe de ser agradable para ustedes el vivir en esa casa. Yo me mudaría. Me pondría mala, si cada noche asistiera a tales horrores...

—¿Y qué sería de esa desgraciada? Es tan buena, tan dulce... Nos quedamos por ella... ¿A cinco sueldos, verdad, la libra de cerezas?

—Sí, cinco sueldos. ¡Ah! Usted tiene constancia y buen corazón.

Aquella historia del marido que aguardaba la media noche para caer sobre su esposa con un palo, estaba sobre todo destinada a apasionar a las comadres del mercado. Cada día aumentaban la historia con detalles espantosos. Una devota afirmaba que Mouret era un poseído, que cogía a su mujer por el cuello con los dientes, con tanta fuerza que el Padre Faujas tenía que hacer tres cruces en el aire con el pulgar izquierdo para obligarle a soltar su presa. Entonces, añadía, Mouret caía inerte al suelo, y de su boca salía una rata negra que desaparecía, sin que se pudiera des-

cubrir en el suelo el menor agujero. El pescadero de la esquina de la calle Taravelle aterró al barrio al emitir la opinión de que "aquel bandido había sido mordido tal vez por un perro rabioso".

Pero la leyenda encontraba incrédulos entre las personas de viso de Plassans. Cuando llegó a la Carrera Sauvaire, divirtió la mar a los pequeños rentistas, alineados sobre los bancos, tomando el tibio sol de mayo.

—Mouret es incapaz de pegar a su mujer—decían los retirados vendedores de almendras.—Parece que le han dado cañazo; ni siquiera viene ya a pasear... Su mujer es la que debe de ponerle a pan y agua.

—No se puede decir nada—respondía un capitán retirado.—Conocí a un oficial de mi regimiento a quien su mujer abofeteaba por un quitame allá esas pajas. Así llevaban diez años. Un día se le ocurrió darle puntapiés; él se puso furioso... por poco la ahoga... Quizá a Mouret no le gusten los puntapiés.

—Menos le gustan los curas sin duda—terminaba riendo una voz.

Madame Rougon fingió ignorar algún tiempo el escándalo que ocupaba a la ciudad. Seguía sonriente, evitando comprender las alusiones hechas delante de ella. Pero un día, después de una larga visita que le había devuelto el señor Delangre, llegó a casa de su hija, asustadísima, llorosa.

—¡Ah, hija adorada!—dijo abrazando a Marta.—¿Qué acaban de decirme? ¿Llegaría tu marido a alzarte la mano? ¿Son mentiras, verdad? Yo he dado el mentís más formal. Conozco a Mouret. Es mal educado pero no malo.

Marta se ruborizó; sintió la turbación, la vergüenza que experimentaba cada vez que se hablaba del asunto en su presencia.

—¡Oh, no será la señora la que se queje!—exclamó Rosa con su ordinario atrevimiento.—Hace mucho tiempo que habría ido yo a avisar a usted, de no temer que la señora me riñera.

La vieja dama dejó caer las manos, con aspecto de inmensa y dolorosa sorpresa.

—¿Conque es verdad?—murmuró.—¿Te pega?... ¡Ah, canalla!

Se echó a llorar.

—¡Haber llegado a mis años para ver cosas semejantes! Un hombre a quien colmamos de beneficios a la muerte de su padre, cuando sólo era un empleadillo en casa... Fué Rougon el que quiso vuestra boda. Además, nunca se ha portado bien con nosotros; vino a retirarse a Plassans para pasarnos por las narices los cuatro sueldos que había ganado. A Dios gracias, nosotros no le necesitábamos; éramos más ricos que él y eso le tenía enojado. Es una alma mezquina; y es tan celoso, que siempre se ha negado a poner los pies en mi salón; habría reventado de envidia... Pero no te dejaré con semejante monstruo, hija mía. Felizmente, tenemos leyes.

—Cálmese usted; se exagera mucho, se lo aseguro—dijo Marta cada vez más molesta.

—Verá usted cómo le defiende!—dijo la cocinera.

En aquel momento, el Padre Faujas y Trouche, que estaban de conferencia en el fondo del jardín, avanzaron, atraídos por el ruido.

—Señor cura, soy una madre infelicitísima—continuó madame Rougon llorando más fuerte.—No tengo más que una hija al lado mío, y sé que no tiene bastantes lágrimas que llorar... Se lo ruego; usted que vive cerca de ella, consuélala, protéjala...

El cura la miraba, como para escudriñar la causa de aquel repentino dolor.

—Acabo de ver a una persona a quien no quiero nombrar—Continuó fijando a su vez las miradas en el cura.—Esa persona me ha aterrado... Dios sabe que no quiero acusar a mi yerno; pero ¿no tengo el deber de defender los intereses de mi hija?... Pues bien; mi yerno es un miserable; maltrata a su mujer, escandaliza a la ciudad, se mete en todos los negocios sucios... Verá usted como volverá a meterse en política, cuando lleguen las elecciones. La última vez, él era el que guiaba a la crápula de los arrabales... Esto me matará, señor cura.

—El señor Mouret no permitiría que se le hicieran observaciones—aventuró el cura.

—¡Pero yo no puedo abandonar a mi hija a semejante hombre!—exclamó madame Rougon.—No le dejaré que nos deshonoré... La justicia no se ha hecho para los perros.

Trouche se movía; aprovechó una pausa.

—El señor Mouret está loco—declaró brutalmente.

La palabra cayó como un martillazo; todos se miraron.

—Quiero decir que no tiene la cabeza firme—continuó Trouche.—No tienen ustedes más que mirarle a los ojos... Yo confieso que no estoy tranquilo. En Besançon había un hombre que adoraba a su hija, y que la mató una noche, sin saber lo que hacía.

—Hace mucho tiempo que está tocado—murmuró Rosa.

—¡Es espantoso!—dijo madame Rougon.—Tiene usted razón; la última vez que le vi, me pareció su aspecto muy raro. Nunca ha tenido la inteligencia muy clara... ¡Ah, hija de mi vida! Prométeme confiármelo todo... Ya no voy a po-

der dormir tranquila.. A la primera extravagancia de tu marido, ¿sabes? no vaciles más, no te expongas más... A los locos se les encierra.

Partió repitiendo la frase. Trouche se quedó solo con el Padre Faujas, se echó a reir con su perversa risa, que exhibía sus negros dientes.

—¡Me deberá un buen cirio la caserita!—murmuró.—Podrá revolcarse cuanto quiera por las noches.

El cura, con el rostro terroso y los ojos bajos, no respondió palabra. Después se encogió de hombros, y se fué a leer su breviario a la glorieta, en el fondo del jardín.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1325 MONTERREY, MEXICO

XVIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1325 MONTERREY, MEXICO

Los domingos, por costumbre de antiguo comerciante, Mouret salía a dar una vuelta por la ciudad. Sólo los domingos abandonaba la estrecha soledad en que se encerraba con una especie de vergüenza. Era maquinal. Por la mañana se afeitaba, se ponía camisa limpia, cepillaba el rendigote y el sombrero; luego, después del almuerzo, sin que supiera cómo, se encontraba en la calle, andando a pasitos, con las manos a la espalda.

Un domingo, al salir de su casa, vió, en la acera de la calle de Balande, a Rosa, que hablaba vivamente con la criada del señor Rastoil. Al verle, las dos cocineras se callaron. Examinábanle con aspecto tan singular, que Mouret quiso cerciorarse de si le salía por los faldones la punta del pañuelo. Cuando llegó a la plaza de la Subprefectura, volvió la cabeza, y las encontró plantadas en el mismo sitio. Rosa imitaba el balanceo de un borracho, en tanto que la criada del presidente se reía a carcajadas.

—Ando demasiado de prisa, y se burlan de mí—pensó Mouret.